

Conferencia inaugural

Valentín Paniagua Corazao

Este foro en torno a la universidad en el Perú tiene, sin ninguna duda, una enorme trascendencia por la coyuntura que vive el mundo actual. Hoy asistimos a una revolución en la ciencia y en el saber que se ha denominado la era del conocimiento; era que se constituye en el centro a partir del cual se inician, naturalmente, y se producen unos procesos de conocimiento y desarrollo universales.

En este contexto, la cultura, la ciencia y la tecnología resultan inevitablemente exaltadas y la universidad cumple en él un papel fundamental. A ella le corresponde un papel en la educación formal, así como, de alguna manera, debe también unificar sociedades desintegradas como las nuestras que soportan procesos complejos de división a consecuencia de sus propios procesos de desenvolvimiento económico y social. Ésa es la función social de la universidad como también lo es de la escuela en las etapas previas a la preocupación académica, característica de la universidad.

La universidad cumple también una función pedagógica. Así nació y es probable que continúe esta labor en el futuro; con ella cumple la más característica y la más conocida función que, desde luego, debe también estar vinculada a la conservación, a la información, así como al enriquecimiento de la cultura y de la ciencia. Es allí donde

la sociedad siente más claramente la presencia de la universidad. ¿Cómo, para qué, por qué enseña la universidad en un mundo en que la ciencia y la tecnología son armas fundamentales para el crecimiento y el desarrollo? Es obvio, pues, que la enseñanza y la capacitación se convierten en centros de preocupación de la sociedad respecto a la universidad. Los académicos, que solemos poner preocupación y acento en nuestra tarea universitaria, estamos obligados a renovar permanentemente nuestros quehaceres docentes.

Es con la delicada labor docente con que se ha dado trayectoria histórica a las distintas universidades; incluso ha influido en que se establezca entre ellas creencias, escalas, planificaciones que todos hacemos implícita o explícitamente. Ello permite diferenciar a las universidades que cumplen mejor o peor ese trabajo, con el conocimiento o con la capacidad fundamental de transmitir con eficiencia el saber a las nuevas generaciones que transitan las aulas de nuestras universidades. Es allí donde debemos tener mayor preocupación; es allí donde deberían centrarse nuestras reflexiones para así cumplir mejor ese quehacer tan trascendente. Ser eficiente para competir con eficacia en el mundo que hoy está caracterizado justamente por la competitividad.

En dicha dinámica, las universidades probarán, cuando pase el tiempo, si han cumplido o no con esa misión. La revolución científica y tecnológica obliga a la universidad a cultivar también la creatividad. Ésta se corresponde con la formación de una intelectualidad que puede y debe dedicarse a la investigación científica y tecnológica en las diversas áreas del saber. De ello depende su trascendencia histórica.

Hoy el conocimiento está al alcance de todos. Es el recurso natural más valioso para el desarrollo y el crecimiento económico. Por vez primera en la historia los recursos naturales y los capitales financieros han aprendido a portarse sólo como factores de producción. Entonces, en toda nación efectivamente educada, dan su exacto lugar al conocimiento que utiliza sus competencias intelectuales en la mejora del mundo de hoy.

Por otro lado, la esfera juvenil presenta otro desafío para el análisis y el pensamiento. Hay que crear en los jóvenes un espíritu para desarrollar y lograr una genuina conciencia de los conocimientos exis-

tentes que los induzca a la investigación y a la búsqueda no sólo de la verdad sino de nuevos caminos para resolver de distinta manera los problemas de nuestro país. ¿Qué medios utilizar para suscitar en los jóvenes amor no sólo por la verdad sino por el conocimiento como tal y, sobre todo, por el conocimiento aplicado, destinado a conocer, investigar y resolver los problemas de nuestra realidad?

Por cierto, si la universidad quiere cumplir esa misión debe hacerlo con la mira puesta en la realidad donde está inserta y convertirse en una suerte de faro que ilumine el camino del desarrollo, no solamente de las regiones donde cada institución está asentada, sino ciertamente de todo el país. No son, pues, tareas fáciles de cumplir aquellas que están vinculadas a la universidad, como comunidad de maestros y alumnos enlazados, vital y existencialmente, con la sociedad en que se halla insertada. La universidad, además, tiene que responder de modo eficaz y dinámico a los retos que la propia realidad de su entorno le plantea. Nuestras universidades no pueden esperar el paso del tiempo, frente a una sociedad que crece en términos demográficos aceleradamente y una sociedad que requiere servicios educativos, no sólo por exigencias de su tiempo sino por ansias de democratización que todos conocemos bien y predicamos.

La universidad tiene que convertirse en centro de excelencia, de transmisión de calidad, al mismo tiempo que debe satisfacer cada día más la presión creciente de una población que intenta acceder, llegar y tocar sus puertas, buscando mejor calidad de enseñanza. Aunque no es fácil lograrlo en un país como el nuestro donde las diferencias económicas y sociales ponen distancia entre los distintos grupos sociales y, naturalmente, han contribuido a la creación y existencia de universidades particulares o públicas de diferentes características y calidades.

Hay desafíos que las instituciones universitarias de naturaleza pública deben cumplir, del mismo modo que tienen que hacerlo las universidades privadas. Todas ellas, reclamadas por el mismo reto, deben satisfacer los deseos de una creciente población que demanda formación universitaria. Se debe garantizar a todos la oportunidad de acceder a la formación académica, científica y tecnológica con calidad de excelencia, que naturalmente debe impartirse en todos nuestros centros de conocimiento.

La universidad debe responder a esta presión demográfica y democratizadora, del mismo modo que tiene que hacerlo como institución específicamente científica y cultural, atenta al reto que le plantea la era del conocimiento. Si la universidad no es un centro de creación intelectual, de investigación pura o aplicada, no es universidad. La era del conocimiento exige a las universidades una manera distinta de ver el mundo, de ver el conocimiento, y de cumplir la misión histórica que siempre le correspondió. Mas si la universidad fuera una isla, que no lo es, no tendría ninguna responsabilidad frente a la sociedad; sin embargo, la universidad tiene y debe cumplir su compromiso, particularmente en sociedades como las nuestras en que precisamente el desconocimiento induce a graves y costosísimos errores políticos y sociales. Si no hay lucidez en nuestros centros académicos para denunciar con oportunidad, para advertir con prudencia y también en el momento en que se toman decisiones que pueden comprometer de algún modo el futuro de nuestro país, la universidad no cumplirá el rol que le corresponde.

La universidad debe tener presencia en los grandes debates nacionales. Estos tienen que ver mucho con el futuro, no sólo de los políticos o de los gobernantes sino de la sociedad. Si no lo hace, la universidad no superará el reto que le plantea la sociedad que, dicho de paso, es la que la sostiene, le da vida y le permite persistir en el tiempo. Las universidades que lograron insertarse en sus propias comunidades, participar de sus inquietudes e ilusiones, son las universidades que consiguieron legitimarse, persistir en el tiempo y ganar el prestigio sin lo cual no les hubiera sido posible lograr el significado y la trascendencia que tienen.

Qué decir del reto que a la universidad le plantea la necesidad de desarrollo y crecimiento que es una exigencia de justicia para sociedades subdesarrolladas como la nuestra. Todos sabemos perfectamente que el desarrollo es el resultado de un complejo conjunto de factores; uno de ellos, entre otros, es el conocimiento. El conocimiento y la educación son fundamentales. Se requiere de otros medios, pero a la universidad le está reservada esa función fundamental de dispensar y lograr el conocimiento.

Sin embargo, la universidad debería recordar que no sólo educan las escuelas o las universidades formales: educan los medios de comunicación, los partidos políticos, los sindicatos, las iglesias, las organizaciones sociales, el entorno social que a veces influye mucho más duraderamente, incluso, que los agentes de transmisión formal del conocimiento que son los maestros. Cuando hay desvaríos o cuando hay desviaciones en esos transmisores que colaboran eficazmente en la educación y en la transmisión del conocimiento, es a los órganos de la educación formal a quienes corresponde señalar los errores y obligarlos a retornar por el cauce apropiado. Hay allí un reto que la universidad, como la escuela formal, tiene que cumplir para evitar que los otros transmisores del conocimiento se conviertan en factores de deseducación o de desvirtuación de la educación formal.

El Perú es una realidad compleja y disímil. El Perú enfrenta el reto de encontrar la unidad en medio de la diversidad. La descentralización en este país resulta reclamada por las diversas características de su territorio y sus particulares vocaciones de desarrollo de cada una de ellas, así como por las diferentes mentalidades de nuestra población y también sus tradiciones culturales. ¿Cuál es el reto que esta realidad plantea a la universidad? La respuesta es obvia; cada universidad debería, de alguna manera, cumplir con la función orientadora que corresponde a una institución que está en condiciones de interpretar mejor las características de cada circunscripción para encontrar el camino apropiado y para orientar creadoramente los esfuerzos de la población y de las instituciones de cada circunscripción. Hay un compromiso, sin duda, con la descentralización en ese sentido. Llamadas a afrontarlo están las universidades capitalinas que tienen cierto nivel de excelencia superior al de las universidades del interior; una suerte de misión apostólica que debería llevar generosamente su contribución para remontar o cooperar con la elevación de los niveles de enseñanza y naturalmente de eficiencia de las universidades del interior del país. Esa es una responsabilidad que implica un sentimiento de solidaridad entre las universidades que deben también reclamarse como parte de una comunidad nacional del conocimiento destinada a ponerse al servicio del pueblo del Perú.

Finalmente, estoy convencido de que las universidades tienen que responder también a un reto frente a sí mismas. La sociedad peruana le está pidiendo a sus gobernantes y a quienes aspiran a serlo, es decir, a los partidos políticos, a las instituciones de la sociedad civil, concertar entre sí; no sólo buscar la cooperación para mejorar la calidad en la transmisión del conocimiento y en la conservación y difusión de la cultura nacional, sino también para encontrar medios que ayuden al Estado a distribuir con más justicia y apropiadamente los recursos públicos entre todas las universidades, en función de sus reales requerimientos. La comunicación entre las instituciones de educación superior debe lograr lo que les estamos pidiendo. Las universidades deben sentirse partícipes de un quehacer común al servicio de la patria y, por lo tanto, tendrán que ser capaces de unirse creadoramente para proponer, para lograr y para hacer una tarea mayor. Esta tarea puede ser trascendente si responde a un nuevo impulso y a una nueva ilusión orientada, desde luego, a lograr que en este país no solamente impere la libertad sino que se logre el bienestar por obra y contribución de todas sus instituciones y entre ellas, naturalmente, de las universidades.

Son estas modestísimas reflexiones las que he querido transmitir a ustedes en mi condición de muy sencillo profesor universitario, pero seguramente tendrán que ver mucho con las deliberaciones de este foro. Yo felicito a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, cuyo papel fundamental en la historia de las ideas, del pensamiento y de la vida política del país se manifiesta una vez más en la celebración de este simposio.

Deseo que sus deliberaciones, y estoy convencido de ello, sean fecundas y útiles para el país. No dudo, por último, que cualquiera sea el resultado de este foro habrá de surgir de él una fresca esperanza y una nueva posibilidad frente a los enormes problemas que hoy día el Perú confronta. Tal es nuestra misión, después de todo. La angustia de cada día debe alentar nuestra esperanza en un futuro mejor. Ustedes, con su presencia y sus deliberaciones, están construyendo en parte ese porvenir que esperamos sea venturoso para todos los peruanos.